





**TESTIMONIOS**

El pensamiento de Ortega y Gasset ..... 77

**DIDÁCTICA**

Los manuales de historia y sus problemas. El caso de Solón y sus planteamientos «manualísticos»  
Por A. González Blanco. .... 81

**LA BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE DE HISTORIA**..... 93

**RECENSIONES.** ..... 97

..... PRÓLOGO

..... COMITÉ DE REDACCIÓN BIENVENIDO MAS JUAN GALLARDO

..... 9

..... 21

..... 23

..... 25

..... 41

..... 23

..... 29

..... MAESTROS DE LA HISTORIA

..... 63

..... NOTICARIO

..... ENTREVISTA A DON A. DE HERRANHA

..... 71

## LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE LAS CARRERAS DE CARROS EN GRECIA

RAFAEL ÁLVAREZ TORREGROSA

Dentro de las competiciones deportivas de la antigüedad las carreras de carros tenía una significación especial que, partiendo desde Grecia, se mantendría en la época romana hasta el período bizantino, donde las pugnas entre los bandos del circo amenazó con desestabilizar las propias estructuras del estado. Esta relevancia ya es puesta de manifiesto por Homero en *la Ilíada*, donde los mejores premios y los más numerosos son reservados para esta competición, tanto en los funerales de Patroclo como en los mencionados por Néstor<sup>1</sup>. Posteriormente Tucídides<sup>2</sup> y Aristófanes<sup>3</sup> dejan constancia de la relevancia de los concursos hípicas y de la cría de caballos, conllevando muchas veces una situación cercana a la ruina, muestra inequívoca de su relevancia y gusto por esta actividad en la sociedad griega. La explicación de la importancia de estas manifestaciones deportivas viene determinada por fundamentos internos que implican aspectos relevantes inherentes a toda la historia griega, tales como religión, educación y estructuras político- sociales, en donde encontramos el mantenimiento de una conciencia de clase o relevancia individual que se encuentra en el seno de tales prácticas y por las que tiene su razón de ser.

Las primeras manifestaciones deportivas se hallan circunscritas a los rituales funerarios, fundamentados en la idea de la inmortalidad del alma y en la consecuente pervivencia de la *areté* anexa al difunto. Esta *areté* constituye el fin máximo de la vida humana griega, siendo su manifestación el reconocimiento externo por la vía del honor que se le tributa en vida y tras fallecer mediante unas ceremonias funerarias donde se honre su memoria en la medida que su honor merece, constituyendo su correcta ejecución una máxima religiosa y social. En Homero encontramos las primeras referencias escritas donde se describen estas actividades, restringiéndose a los héroes, connotación social limitada a los *aristoi* en función de una superioridad de linaje dentro de una estructura gentilicia. En la *Ilíada* queda de manifiesto este carácter en los funerales de Patroclo, en los cuales se honra a miembros particulares, componentes todos ellos del estrato dirigente (reyes o *aristoi*), que ven cimentar su prestigio social con estas celebraciones sirviendo de expresión externa la entrega de premios que se configuran como elementos de prestigio<sup>4</sup>. El ritual funerario que comportara, entre otras acciones, certámenes deportivos, queda restringido a este grupo gentilicio

1 Homero *Ilíada* canto XIII.

2 Tucídides *Guerra del Peloponeso* VI, 15.

3 Aristófanes *Las Nubes*.

4 Homero *Ilíada* Canto XIII.

encontrándose en el caso de enterramientos de personajes secundarios unas exequias sin tales conmemoraciones, constituyendo así una prueba del papel político que poseían<sup>5</sup>.

La situación política que muestra Homero contiene reminiscencias de la época previa a él. Sin embargo el espíritu manifestado no ha desaparecido socialmente de su tiempo, encontrando una prueba de esa pervivencia en los cultos a los héroes constituidos como símbolo de la estructura gentilicia que aun mermada no ha desaparecido definitivamente. Los aristoi se sirven de esta pervivencia y se constituyen en nexos de unión entre los héroes legendarios y la comunidad, fundamentando así sus privilegios en base a razonamientos míticos y religiosos. Sabemos que las manifestaciones públicas mantienen viva la imagen de esos aristócratas héroes teniendo una repercusión política que interesa mantener a las clases poderosas.

Durante la época arcaica la transformación política se hace más patente. La *polis*, y con ella la estructura territorial y la vida en comunidad, con el ascenso político de nuevos componentes sociales, se sedimenta y regula las normas de una vida social nueva. Dos acontecimientos sirven de prueba de la transformación: la instauración de unos días como fiestas de la *polis* para honrar la memoria de los difuntos en los que participa la comunidad como ente unitario<sup>6</sup> y la reducción de los fastos funerarios<sup>7</sup>, reduciéndose los *agones* a prácticas comunitarias al igual que sucede con las festividades religiosas. En estos momentos las celebraciones deportivas cobran especial relevancia en un mundo donde la manifestación popular de la superioridad individual es el fundamento para el logro y mantenimiento del poder. Surgen entonces como fruto de esa nueva vida en comunidad las competiciones panhelénicas: Juegos Olímpicos, Píticos, Nemeos e Istmicos. En ellos destaca como primer rasgo político el factor de unidad, de conciencia nacional, que genera en el pueblo griego, constituyéndose las reuniones periódicas como símbolo de los nexos de unión que componían el pueblo griego como entidad única: la lengua, la religión y las costumbres, ya que no podía establecerse una idea de nación en base a aspectos étnicos o raciales en una entidad con tal amalgama de pueblos diferentes.

Se configura en esta época un nuevo género literario, la lírica coral, que desarrolla un nuevo tipo de poesía, los epinicios. En ellos se produce el encomio de personajes reales particulares, abandonando los héroes mitológicos de la épica homérica que ven abandonada su función como nexo de unión entre la divinidad y la comunidad en favor de esos personajes históricos individualizados. No implica ello el abandono completo de los ciclos míticos, antes bien son incorporados en el epinicio, sirviendo de comparación de las virtudes a destacar del héroe mítico que encuentran su reflejo en las acciones de sus descendientes actuales.

Con la instauración del sistema político de la tiranía y la necesidad del apoyo de la comunidad, esta poesía se configurará en un medio de propaganda para alabarlas viéndose los poetas en contrapartida protegidos por esas tiranías a las que alaban y con las que conviven. Por lo tanto los ideales aristocráticos que se vislumbran en Homero no han desaparecido por completo, se han transformado, y ahora el ganador de las carreras de carros consigue una gloria propia que redundará a su vez en el bien de la *polis* que gobierna, contando con la ayuda de la divinidad que le propicia la victoria, demostrando así la elección divina hacia ese personaje al que otorga las mismas capacidades que los héroes míticos.

5 Homero *Odisea* Cantos XI-XII, donde se puede observar la inmolación de Elpenor que no recibe el ritual funerario reservado a figuras como Patroclo reflejado en la *Ilíada*.

6 Platón *Menexeno*, o la oración fúnebre.

7 Plutarco *Solón* XXI, manifiesta medidas de este carácter aducidas a la mítica figura de Solón, al que se le imputan desde Aristóteles toda clase de medidas democráticas sin que tenga base fehaciente.

8 Baquílides *Odas y Fragmentos* 4 (dedicado a Hierón de Siracusa 478-466 a.C.)

*«Aún ama a la ciudad de Siracusa Apolo, el de áurea cabellera, y a Hierón, su justo gobernador, honra; porque por tercera vez junto al ombligo de la tierra de las altas sierras como vencedor pítico es cantado, junto con la excelencia de sus caballos de rápidos pies»<sup>8</sup>*

La poesía de Píndaro constituye un claro ejemplo, está imbuida de un sentimiento aristocrático del linaje, de la *gens* en suma, al que pertenece el vencedor y del cual recoge las virtudes otorgadas por los dioses, donde se reitera ese carácter social del *aristoi* que ya vislumbrábamos en Homero. Los participantes en las competiciones están limitados por la posesión de la riqueza, a priori inexcusable para poder costear la cría de caballos y el carro, manifestada no como causa de desigualdad en Píndaro sino como fruto de un desequilibrio fundado en la divinidad («la vida predestinada les asistía aportando riqueza y gloria») y que la magnanimidad de los participantes desvían en redundancia de la polis mediante su triunfo en los certámenes.

Los premios y conmemoraciones que conllevan las victorias en las carreras de carros, se erigen también como manifestaciones públicas políticas de la superioridad individual que implica a la comunidad que representa. La costumbre del premio en los juegos panhelénicos ha perdido su valor material para acrecentarse el simbólico, que cobra especial relevancia al realizarse ante todos los pueblos griegos allí convocados. Surgen así las coronas con valor religioso de olivo (Olímpicos), perejil (Nemeos) y pino (Istmicos), teniendo todas relación con la divinidad patronímica de los juegos<sup>9</sup>. La victoria llevaba anexa también una serie de honores de gran relevancia como imagen laudatoria entre los griegos. Cabe destacar entre ellos las medallas conmemorativas, los cánticos poéticos y la posibilidad de serle erigida una estatua que dona el ganador en la cual figurase su nombre, el de la polis y el del artista que la realizó<sup>10</sup>.

*«(...)la victoria de Cleostenes ocurrió en la 77 Olimpiada, y junto con las estatuas de sus caballos dedicó una estatua de sí mismo y uno de sus aurigas»<sup>11</sup>.*

Todos estos premios y reconocimientos públicos como vencedor de las carreras de carros comporta una ventajosa situación política en el seno de la comunidad, convirtiéndose en uno de los valores fundamentales de la personalidad del particular, equiparable a éxitos bélicos o arte oratoria. La figura de Alcibiades reflejada en Demóstenes vienen a corroborar este hecho, ya que entre los aspectos que destacan de sobremanera de él incluye las victorias obtenidas:

*«(...) Y, además contaba en favor suyo competiciones, victorias en carreras de caballos y, además, coronas obtenidas en los juegos Olímpicos»<sup>12</sup>.*

Un motivo de honor lo componía la ostentación de la presidencia de los juegos, tanto en el caso de ser una comunidad la encargada (eleos en Olimpia, corintios en los Istmicos o la Anfictionia de Delfos en los Píticos), como a nivel particular, produciendo en varias ocasiones luchas por su control<sup>13</sup>. No se puede obviar que ello implica continuar la labor que fue emprendida en la mayoría

9 Píndaro *Nemea* I y IV, 85; Estrabón *Geografía* 8,30; Suetonio *Vida de los doce Césares: Nerón Claudio* XXIV y XXV; Diodoro de Sicilia IV, 14.

10 Myconas, G.W.: «Athletics honors in the fifth century». *CJ* 1944 pp. 278-289.

11 Pausanias, *Descripción de Grecia* VI-X-7 también en VI-XII-1 y VI-VIII-3,4.

12 Demóstenes, *Discursos Políticos: contra Midias* 142.

13 Diodoro de Sicilia XV, 78 plasma el enfrentamiento entre Elea y Pisa por la dirección de los Juegos Olímpicos.

de los casos por los grandes héroes míticos, y fundamenta por sí mismo la continuidad del ideal religioso hacia los dioses y los héroes asociados a los juegos, fin ético de tal organización. Esta labor no difiere mucho de la relevancia asignada por Homero a los juegos agónicos, comportando ambos honor al que los organiza correctamente y por ello preponderancia política utilizable de diferente manera según lo ya expuesto<sup>14</sup>.

Asimismo la presidencia es susceptible de ser utilizada políticamente como símbolo de desprestigio, ya que entre sus atribuciones se encuentra el dictaminar los vencedores en las competiciones, así como el determinar las posibles exclusiones a estos certámenes (en el caso de que el participante esté bajo juicio por haber cometido algún delito)<sup>15</sup>.

El auge del ideal democrático y de la comunidad como centro de la vida social, especialmente tras las reformas de Efialtes y Pericles y la Guerra del Peloponeso, se pone de manifiesto desde el s. V a.C. especialmente. Ello no deja de repercutir en las competiciones de carros que se plantea ahora esencialmente como beneficio para la polis<sup>16</sup>.

En el período de hegemonía macedónica, los juegos panhelénicos son controlados por Filipo para fortalecer su imagen como pueblo helénico y como dirigente del mismo, tal y como probó en el Congreso panhelénico de Corintio (338-337 a.C.). Demóstenes nos plasma esta situación, a la cual repudia como símbolo de la sumisión del pueblo griego:

*«(...) a pesar no sólo de no ser griego ni relacionado con los griegos por algún lazo de unión (...). Aunque ¿qué es lo que faltaba para el colmo de su insolencia? ¿Acaso tras haber destruido ciudades no está utilizando los juegos Píticos, común concurso de los griegos? Y si él no asiste en persona ¿no envía a sus esclavos como organizadores de los certámenes?»<sup>17</sup>*

Así en la época helenística se produce una vuelta parcial a los valores socio-políticos vislumbrados en Homero y en la época oscura, viniendo de la mano de Alejandro Magno y su régimen monárquico. Como su padre, se sirve de los juegos como nexo de unión religioso y ritual con los pueblos griegos. En estos momentos se reinstaura la concepción del ritual funerario como medio para significar a un personaje, costumbre que se había visto menguada por las concepciones políticas anteriores. Se produce incluso el culto y la heroificación en vida, símbolo del nuevo auge que cobran las personalidades individuales en este período. El cambio, pues, es fundamental, ya que eleva a un mortal a una condición eterna y semidivina que lo distancian definitivamente del resto. La fundamentación política de tal condición es evidente, constituyéndose la celebración de los certámenes deportivos en la expresión de ese nuevo carácter. Las carreras de carros aparecen así como manifestación pública del culto personal de una comunidad y de la sumisión de la misma a esa persona. Es este el caso que refleja Diodoro en relación a Demetrio Poliorcetes al que se le instauró un culto en el que se incluían certámenes deportivos en la ciudad de Sición por él reconstruida<sup>18</sup>.

14 Filóstrato, *Vida de los sofistas* II, 27.

15 Jenofonte, *Helénicas* III, 21 y Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V, 50. Ambos recogen la exclusión de los lacedemonios de los Juegos Olímpicos en el 420 a.C., tras la formación de una alianza entre atenienses, eleos, mantíneos y argivos en medio de la Guerra del Peloponeso, posición que parece fundamentarse en motivos políticos para desprestigiar a los lacedemonios ante los pueblos griegos.

16 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI, 16.

17 Demóstenes *Tercera Filípica* 32.

18 Diodoro de Sicilia XX-103, 3.

Las razones de este cambio son variadas: las nuevas corrientes filosóficas, las creencias religiosas orientales, el nuevo auge de las clases poderosas como cimentación del poder de monarquías débiles, el equilibrio de fuerzas en la lucha social, etc. Todo ello potencia de nuevo la relevancia de estas conmemoraciones que son así salvaguardadas en su relevancia y significación, lo que justificará su utilización por el nuevo poder romano en aras a encontrar nexos de unión con el pueblo griego en su base fundamental: su ideología.

La utilización política por Roma de los juegos y su relevancia como lugar de reunión de los pueblos griegos es puesta de manifiesto por varios autores clásicos. Así Polibio resalta el papel del general romano Lucio Magon el cual «(...) restauró el recinto de los Juegos Ístmicos y, además adornó los templos de Delfos y de Olimpia»<sup>19</sup>, apareciendo así a los ojos de los griegos como defensor de las costumbres más enraizadas en su cultura. Mientras Tito Livio indica como se aprovechó la celebración de los Juegos Ístmicos para proclamar la independencia de las polis griegas respecto al dominio macedónico de Filipo V, apareciendo así Roma como la libertadora de las póleis griegas.

Los emperadores romanos llegaron a participar y a emplearlos como manifestación del dominio de Roma y del culto al emperador<sup>20</sup>, trasladando incluso las celebraciones griegas a territorio romano, otorgándole una significación acorde a la ideología romana, mostrando así su relevancia para la vida social y política, al margen de la indiscutible significación religiosa que merece un tratamiento aparte.

Lo cierto es que el espíritu y relevancia de estas celebraciones ha permanecido constante en Grecia, impregnando muchas actividades fundamentales de la sociedad, de cuyas características se hace eco. La razón de su supervivencia viene determinada por su utilización como medio de influencia por todos los regímenes políticos que han sabido otorgarle a estas competiciones el significado deseado, si bien nunca han perdido el componente heroico, aristocrático, particular, que se le concedió en su nacimiento.

No hay que olvidar que es una manifestación ritual desde su nacimiento y, como tal, se configura como una plasmación de una ideología que lo sustenta y le da razón de ser. Esta ideología, de base religiosa, hay que entenderla desde la posición adoptada por Dumézil para las creencias: un sistema que integra y expresa la concepción del mundo y de la sociedad, así como sus relaciones, quedando implicada por ello toda manifestación política que se desarrolla en el seno de ese mundo, al que a su vez influye y transforma<sup>21</sup>. No hay, pues, que estudiar las carreras de carros, o el deporte griego en general, como una celebración gratuita y sin significación, sin relación con la organización político-social, educacional, religiosa, ideológica; sino como una plasmación de ellas, como una actividad cultural que contiene por ello los condicionantes intrínsecos de la civilización.

---

19 Polibio, *Historia* XXXIX, 6. También Dionisio de Halicarnaso en *Historia antigua de Roma* II utiliza el mantenimiento de costumbres en las celebraciones de las carreras de carros, para intentar demostrar un nexo de unión entre griegos y romanos que pueda fundamentar la ocupación y dominación de Grecia por los romanos a los ojos de los pueblos helénicos. Así en ambas fuentes filo-romanas se fomenta una idea, con fines políticos, de una Roma continuadora y garante de las costumbres esenciales.

20 Tito Livio, XXXII, XXXIII.

21 Sobre las teorías religiosas de Dumézil vease Scheid, J.: *La religión en Roma* Madrid 1991, pp. 69-91.